

Tema 5

LA EMPRESA COMO PROBLEMA ECOLÓGICO

Miguel A. Martínez-Echevarría y Ortega

Departamento de Economía y Estadística
Universidad de Navarra

El llamado poder del hombre sobre la naturaleza resulta ser, en realidad, el poder ejercido por algunos hombres sobre otros hombres, utilizando la naturaleza como instrumento.

(C. S. Lewis, La abolición del hombre)

1. PRODUCCIÓN Y PROBLEMA ECOLÓGICO

Cualquier manual introductorio de economía, como puede ser el de Samuelson, uno de los más difundidos y utilizados, define la empresa como «unidad de producción privada básica en una economía capitalista o mixta. Contrata trabajo y compra otros factores con el fin de hacer y vender mercancías».

Si uno desea saber qué se entiende por «producción», lo primero que le llamará la atención es que por lo general, en ese tipo de manuales, no existe ninguna definición precisa de esa operación; simplemente es remitido al término «producto», es decir, al resultado final de la operación, entendida en su acepción física y directa de la cosa producida: cantidad de zapatos, de tornillos, de televisores, etc.

Lo que sí le explica al estudiante que se inicia en la economía es que las empresas, para llevar adelante su producción y obtener los productos finales, utilizan «factores productivos», que son definidos como «mercancías o servicios que utilizan las empresas en su proceso de producción».

Según esas explicaciones, la conclusión provisional que se obtiene es que las «empresas» son «unidades» donde se realiza un proceso,

llamado «producción», en el cual se combinan «factores productivos» para dar lugar a un «producto».

Si se trata de indagar por qué motivo las empresas llevan adelante ese proceso productivo, y qué criterio les guía para elegir el producto que deciden fabricar, y cómo se coordinan entre ellas, se explicará que las empresas, tratando de conseguir «beneficios», que son «los ingresos netos o la diferencia entre las ventas totales y los costes totales», buscan aquel tipo de producción que les proporcione los mayores beneficios posibles. Posteriormente, la «competencia» entre las «empresas» por mejorar su beneficio hace que se produzca una distribución no intencionada de los procesos productivos, de tal manera que cada empresa fabrica o suministra al mercado el producto que le reporta mejores beneficios, y que coincide con los deseos de todos los individuos que se integran en el mercado.

Abandonando el lenguaje de los manuales introductorios de economía, diremos que producir es «llevar a cabo», es decir, partir de una situación inicial y mediante pasos sucesivos alcanzar una prevista situación final. Por ejemplo, en el lenguaje ordinario se suele decir que una higuera produce higos. Esto quiere decir que de una situación inicial en la que la higuera «no tiene higos», transcurrido un tiempo necesario, y tras etapas sucesivas por las que pasa la higuera: nacimiento de los brotes, floración, aparición del fruto, maduración, etc., se llega a una situación final en la que «tiene higos». Esto que hemos descrito es un proceso natural que tiene lugar con independencia de que al hombre le interesen o no los higos.

La producción, tal como aquí la hemos descrito, no es a lo que directamente se refiere la economía. Lo que le interesa a la economía es el proceso artificial de producción. Proceso artificial que, conviene señalarlo, hace referencia más o menos directa a algún proceso natural de producción.

Podríamos definir el proceso artificial de producción como el resultado de trasladar un proceso productivo natural al plano de la inteligencia práctica humana. En otras palabras, contemplar un proceso natural de producción desde una perspectiva utilitarista. La producción artificial responde a la pregunta ¿para qué me puede servir esto?

En el momento en que el hombre descubre que el higo sirve para comer, tiene buen sabor, es apetitoso y alimenta, deja de ser un simple producto natural, más propiamente hablando, un fruto de la naturaleza, para convertirse en «producto». Es decir, el «fruto» natural es sacado de su ámbito e introducido en el ámbito de la inteligencia humana. Un ámbito que por su misma infinitud puede modificar las reglas fijas e inexorables que están como programadas en la dinámica de los procesos naturales.

Un higo deja de ser «fruto», para convertirse en «producto», cuando el hombre decide sacar a la higuera de su «hábitat» silvestre para cultivarla. Es decir, para someterla a los esquemas propios de la razón humana. Cultivar quiere decir encauzar las fuerzas de la naturaleza en el sentido que le conviene a un interés utilitarista. Por ejemplo, actuar sobre la naturaleza creando un espacio donde sólo crezcan higueras: un higueral. La inteligencia humana, a partir de un proceso natural, diseña un proceso de producción artificial. El proceso mediante el cual las higueras dan higos sigue siendo natural, pero la disposición de un higueral es un diseño artificial. Algo que ha sido hecho con arte.

Con toda intención hemos elegido como ejemplo de proceso productivo algo tan primitivo y antiguo como un campo de higueras. El objetivo era poner de manifiesto que la artificialidad, lo radical de los procesos productivos que interesan a la economía, no proviene de la mayor o menor complejidad técnica, sino de la disposición utilitarista con la que el hombre se relaciona con la naturaleza. Queda entonces claro que artificialidad no sólo no quiere decir oposición a la naturaleza, error muy grave que está en la raíz de las dificultades para enfrentarse con el problema ecológico, sino que la requiere y la presupone.

El origen de este supuesto enfrentamiento entre lo natural y lo artificial puede provenir de que, en un sentido muy profundo, la relación del hombre con la naturaleza es de algún modo «productiva»; aunque en sentido impropio. El mismo concepto de naturaleza es una abstracción, y en ese sentido un «producto» de la razón humana. Pero es evidente que concepto y producto, abstracción y artificialidad, no son la misma cosa. Una cosa es pensar en abstracto cómo podría ser un higueral, y otra es realizarlo. Lo primero sería un concepto, que no modifica a la naturaleza, estaría sólo en la razón del agricultor, mientras que lo segundo es un artefacto, una modificación efectiva de la naturaleza.

Los animales, carentes de razón práctica, no pueden abstraer su «hábitat», y mucho menos la naturaleza, por ello están sometidos a su entorno, mientras que el hombre, gracias a la razón, puede objetivar su entorno, y precisamente por ello modificarlo en el sentido que le interese. Pero, y esto debe quedar claro, sin su entorno natural no podría primero objetivarlo, y después modificarlo. Es falsa y confusa esa supuesta dicotomía o enfrentamiento entre lo natural y lo artificial.

La raíz más profunda de este enfrentamiento entre lo natural y lo artificial puede provenir de una concepción intelectualizante del individuo, que tiende a considerarse como si sólo fuera pura razón, una razón teórica, intemporal e incondicionada, que puede dominar la naturaleza a su gusto, tratándola como si fuese creación suya. Según este planteamiento la finalidad del hombre sería liberarse de las «limitaciones» de la naturaleza.

Lo artificial, basado en esa conjunción de diseño y realización, es lo que propiamente constituye el trabajo humano. El diseño parece más próximo a la razón, y la realización a la naturaleza, pero en realidad son ambas inseparables. De tal modo que sin la unidad de diseño y realización, de razón y naturaleza, no hay artificialidad, y por tanto tampoco hay trabajo humano.

Por ejemplo, las abejas realizan con suma perfección los hexágonos de cera de sus panales, pero no los diseñan, sino que, de algún modo, se podría decir que han sido programadas para hacerlos. Por eso, a pesar de que los ilustrados del siglo XVIII tomaron a la abeja como símbolo del trabajo, en absoluto se puede decir que las abejas trabajen. Por otro lado, si alguien imagina un motor que funciona con aire, pero nunca trata de comprobar cómo podría realizarse, si ni siquiera hace diseños sobre un papel, en realidad no hay diseño, ni tampoco se puede decir en sentido estricto que trabaje. Todo trabajo implica la intención efectiva de pasar del diseño a la realización, algún contacto con la naturaleza, ya que sin eso el mismo diseño es imposible.

El trabajo humano supone esa continua retroalimentación entre diseño y realización que es la esencia de la artificialidad. En este sentido es muy significativa la frase que, según se cuenta, Sikorsky, el famoso fabricante americano de helicópteros, hizo colocar en algún lugar de su fábrica: «Mis ingenieros todavía no saben cuál es el fundamento teórico que permite el maravilloso vuelo del abejorro; el abejorro tampoco, pero vuela». Está claro que lograr volar así es un trabajo para el hombre, no para los abejorros.

Volviendo al plano de la economía, diremos que por producción se entiende el proceso artificial de aumentar la utilidad de una cosa. Por ejemplo, creando un higueral aumenta la utilidad de los higos, ya que antes había que ir por el campo buscándolos, mientras que ahora están localizados, y en la cantidad que se ha deseado. En este sentido, antes se decía que la higuera produce higos, ahora se dice que es el agricultor quien produce higos. En cualquier caso, la producción artificial del agricultor supone y requiere la producción natural de la higuera. La higuera produce de modo natural, mientras que el agricultor requiere un arte, la agricultura, que le permite actuar sobre la naturaleza para orientarla en un sentido previamente diseñado. Un arte es un conocimiento adquirido por experiencia, que permite a la inteligencia humana diseñar modos de actuar sobre la naturaleza para ordenarla a intereses humanos.

Llevar al ámbito de la inteligencia algo que pertenece al ámbito de la naturaleza supone modificarlo o añadirle algo que naturalmente no tenía antes, es decir, convertirlo en objeto. Por ejemplo, para un carpintero, alguien que domina el arte de la madera, un árbol, que es algo natural, se convierte en un objeto, en algo artificial: en madera. El

árbol «pierde» su finalidad natural, por ejemplo, si era un roble, dar bellotas, para ser algo que tiene un fin indefinido, un fin que depende de lo que quiera el carpintero. Con la misma madera puede hacer un arado, un poste, una mesa, sillas, etc.

La producción es consecuencia del dominio que tiene el hombre sobre la naturaleza. Mediante la razón el hombre puede modificar la naturaleza, objetivarla, convertirla en un «medio», en un «factor de producción», en algo «pendiente de recibir finalidad». Pero la razón del hombre no es independiente de la naturaleza, ya que ni tan siquiera puede conocer si no es a través de los sentidos, luego dominio no significa relación despótica, sino relación de mutua dependencia y ayuda. El dominio no se manifiesta tanto en la capacidad de manipulación de la naturaleza, como en la finalidad que se le asigne y en el modo de hacerlo.

La elección de esta nueva finalidad y el modo de realizarlo es determinante para lo que le suceda a la naturaleza. El trabajo humano, la artificialidad, por su propia esencia, es una actividad moral, precisamente porque su finalidad, que incluye el diseño y la realización, no está programada o determinada, sino que ha de ser elegida libremente, es decir, conforme a la razón.

El proceso productivo, en cuanto artificial, es ambiguo. Artificializar significa suprimir la unidad y totalidad de las dimensiones, que es lo propio de la naturaleza, para destacar sólo un aspecto, el que es útil o ventajoso para el hombre. Por eso es necesario que otro arte, la moral, recomponga en el plano de la razón lo que con fin utilitario ha sido previamente desarmado por la misma razón. Por ejemplo, al que cultiva higos sólo le interesa de la higuera el higo, no las hojas, ni el tronco, ni las raíces, ni otros aspectos que siguen allí e incluso son necesarios para el mismo objeto de interés. Pero la misma razón le lleva a interesarse, aunque sea secundariamente, por esas otras dimensiones, al menos en la medida en que colaboran a obtener más y mejores higos.

En cualquier caso, una de las caras de la producción conlleva prescindir de otros aspectos de la naturaleza, que son considerados inútiles o perjudiciales para el fin buscado, o simplemente inútiles. Por ejemplo, construir un higueral consiste en suprimir muchas dimensiones posibles, para dedicar un terreno exclusivamente a cultivar higueras. Desde este punto de vista producir es parcializar o separar de la totalidad de las dimensiones que se dan en el proceso natural aquellas que interesan al logro de un objetivo utilitarista.

Para un productor de higos que entendiera la razón como pura capacidad de desintegración de la naturaleza, lo ideal sería diseñar un proceso que, si fuera posible, convirtiera la higuera en un puro higo. Es decir, eliminar o reducir aquellas otras dimensiones del proceso na-

tural que no tienen interés utilitario. Un ejemplo clásico de este modo de proceder es el de los criadores franceses de gansos que les provocan un agrandamiento artificial del hígado, que es la materia prima para producir el famoso *paté*. Lo ideal sería un pato que fuera todo hígado. Es decir, la máxima unilateralidad del pato, valorado sólo desde el punto de vista de su hígado. Como hemos dicho, para esta mentalidad racionalista la libertad del hombre consiste en suprimir todos los «obstáculos» a sus deseos. La producción se convertiría en algo parecido al modo de actuar del genio de la lámpara de Aladino, un medio para la obtención inmediata, y sin resistencias, de los deseos humanos.

Conviene destacar que el problema ecológico se produce y es inseparable del plano de la artificialidad; de hecho, en el plano de lo natural no hay problema ecológico; lo que hay en ese plano es impacto del problema ecológico, que es propio de la artificialidad. El problema ecológico surge con la misma unidimensionalidad que conlleva la artificialidad. Esa unidimensionalidad descompone la integración natural y, de un modo u otro, exige volver a integrar, en el plano de la artificialidad, lo que la razón productiva ha desintegrado de la naturaleza.

Por eso la ecología es una ciencia que estudia la totalidad y coin-tegración de las relaciones que constituyen el ecosistema, pero que surge con ocasión de la acción del hombre sobre la naturaleza y en ese sentido tiene al hombre como centro.

Es significativo que uno de los primeros textos en donde se plantea el problema ecológico es el que cita Townsend, con ocasión de la discusión sobre las «leyes de pobres», en la Inglaterra del siglo XIX, y que proviene probablemente de un trabajo del naturalista español Ulloa. Ese texto desarrolla lo que podríamos llamar «teorema de los perros y las cabras».

La isla de Juan Fernández, donde según parece podría situarse el naufragio de Robinson Crusoe, situada en el océano Pacífico, enfrente de las costas de Chile, era utilizada por los corsarios ingleses, que pugnaban contra los intereses de la corona de Castilla, para hacer la aguada y para suministrarse de carne fresca, con cuyo fin habían dejado allí cabras. El gobernador español, Juan Fernández, con el fin de quitar esta ventaja a los corsarios, mandó soltar unos cuantos perros, que hicieran disminuir el número de cabras. El resultado final es que se redujo considerablemente el número de cabras y sólo subsistieron aquellas que se refugiaron en los riscos inaccesibles a los perros. De este modo la acción humana estableció un nuevo equilibrio en la cadena trófica del ecosistema de la isla. Aunque la conclusión que saca Townsend de esta historia es que deben suprimirse las «leyes de pobres» para que sólo quede la alternativa entre el hambre o el trabajo,

lo que ahora nos interesa es poner de manifiesto que el problema ecológico es siempre para el hombre, la naturaleza sólo camina de un equilibrio al otro, en función del impacto de la acción humana.

Desde este punto de vista el proceso productivo, o acción humana sobre la naturaleza, por sí mismo no se opone a la naturaleza, que siempre terminará en un equilibrio u otro, aunque por eso mismo siempre plantea un problema ecológico. La acción productiva puede ser muy peligrosa precisamente cuando no se es consciente del problema ecológico que siempre plantea, es decir, cuando se actúa sin tener en cuenta o, lo que es peor, despreciando el balance de los efectos positivos y negativos que causa sobre la naturaleza. Peligro que lógicamente crece con la intensidad y magnitud de la acción productiva.

La verdadera amenaza para la naturaleza es aquella acción productiva que sólo pretende obtener la máxima unilateralidad y desintegración de lo natural, con vistas al logro de la mayor cantidad de objeto útil, sin preocuparse de todo lo demás.

De todas maneras, conviene advertir que preocuparse de la integración de todas las dimensiones que conlleva la acción humana no es una simple cuestión técnica. Sería un error terrible reducir el problema ecológico a un simple problema técnico, pues lo propio de la técnica es precisamente la unidimensionalidad. Lo propio de la moral y la política es precisamente la superación de la unidimensionalidad de la visión técnica. Por eso constituyen un tipo de conocimientos prácticos sumamente difíciles de aplicar. Por el contrario, las técnicas, cuanto mayor es su parcialidad, mayor es su sencillez, y en consecuencia mayor su peligrosidad, sobre todo si quedan desgajadas de esas dos grandes ciencias humanas.

No hay nada de malo en que el hombre, por motivos utilitaristas, parcialice el ecosistema. Por ejemplo, que considere un bosque como fuente de madera. Pero siempre que tenga conciencia de que se trata de una parcialización, de algo artificial, y que por tanto requiere ser nuevamente reintroducido, también de modo artificial, dentro de la unidad y multidimensionalidad del ecosistema. Si los árboles que se talan para sacar madera no son seleccionados y repuestos a un ritmo compatible con los propios de la dinámica natural de los procesos generativos del bosque, se destruye el bosque y, lo que es más importante, el hombre deja de actuar conforme a su naturaleza, que es guiarse por la razón. Se cumpliría la famosa frase atribuida a Sócrates de que es mayor el mal que se causa el hombre a sí mismo, cuando actúa de ese modo, que el que recibiría la naturaleza con la destrucción del bosque.

La unidimensionalidad o unilateralidad de la producción conlleva necesariamente aspectos o dimensiones que al no ser objeto de utilidad

directa pueden constituir aspectos inútiles o perjudiciales inseparables al proceso productivo. Por ejemplo, obtener mineral de hierro o carbón es algo útil y ventajoso, pero conlleva aspectos negativos, en primer lugar la dureza de las condiciones de trabajo en la mina, las escombreras de material inútil, el ensuciamiento de los ríos provocados por el lavado del mineral, etc.

2. LA APARICIÓN DE LA EMPRESA

Durante siglos y siglos, prácticamente hasta comienzos del siglo presente, la capacidad productiva del hombre, el desarrollo de su artificialidad o dominio de la técnica, era muy rudimentaria, con lo cual el impacto de esa unilateralidad sobre el ecosistema era muy débil. De algún modo, durante muchísimo tiempo, los ritmos artificiales eran más lentos y débiles que los ritmos de los procesos naturales, con lo que el problema ecológico, que siempre ha existido, se resolvía casi por sí solo.

Después de muchos siglos de experiencia y acumulación de conocimientos prácticos, el proceso productivo se ha hecho altamente artificial, lo cual quiere decir que la incidencia sobre los procesos naturales es muchísimo más fuerte. La mayor capacidad de manipulación humana sobre la naturaleza ha brindado muchos aspectos positivos, desde el punto de vista utilitarista, pero también ha provocado que las relaciones entre producción y ecología se hayan convertido en un problema cada vez más complejo y difícil de resolver.

Esa mayor capacidad de manipulación, o «agrandamiento de la mano del hombre», ha sido llevada a cabo mediante un complejo proceso conocido como «división técnica del trabajo». En esencia esa «división técnica del trabajo», tal como ha sido entendida por los economistas, ha consistido en llevar al máximo la unilateralidad de los procesos naturales.

Desde siempre ha existido un tipo u otro de «división del trabajo», algo que podríamos llamar «reparto de tareas». Por lo general, y de un modo un tanto precipitado, y como a vuelo de pájaro, se podría decir que durante mucho tiempo las distintas artes u oficios se distribuían entre personas diferentes.

Un mismo artesano, por ejemplo un carpintero, realizaba todas las tareas de un modo u otro conectadas con su arte u oficio. Desde ir al bosque a buscar y cortar los árboles, realizar el secado y preparación de la madera, diseñar los muebles u objetos que fuera a fabricar, preparar la cola, cortar las piezas, etc. Es decir, realizaba todas las fases del proceso, desde el principio, que arranca de la naturaleza, hasta el final, que es la obtención de un artefacto. Este tipo de trabajo, por su

propia multidimensionalidad, no permitía un impacto muy fuerte sobre la naturaleza. Podría decirse que la artesanía utilizaba un tipo de técnica que debilitaba el problema ecológico. Por otro lado, la misma estructura de multitarea de la actividad del artesano facilitaba la creación de personalidades más equilibradas que la del obrero, que realiza una tarea sencilla y muy repetitiva en el seno de una «cadena de montaje».

Lo que hizo la moderna «división técnica del trabajo» fue trocear y sectorializar la unidad de la tarea artesanal, para crear lo que podríamos llamar una «segunda artificialidad». La unidad del proceso productivo, que antes, por lo general, realizaba una sola persona, o muy pocas, que en cualquier caso eran aprendices de ese arte, ahora queda dividida entre diferentes personas que se encargan sólo de una parte, cada vez más pequeña, de todo el proceso productivo. Unos sólo cortan la madera, otros sólo la transportan, otros sólo hacen la cola, otros sólo hacen unas piezas, unos ensamblan, otros barnizan, etc.

En esta «división técnica del trabajo» la producción no la realiza un artesano de carne y hueso, una persona, sino un «artesano artificial» compuesto por muchos hombres reales, que ya no son propiamente artesanos, sino obreros, pues mientras el artesano domina, o puede dominar, la totalidad del arte que practica, y presencia la totalidad del proceso que va desde el fruto natural hasta el producto, el obrero sólo domina una acción muy simple, pero no sólo no conoce, sino que, como veremos, se le impide el acceso a la totalidad del arte que permite producir. En ese sentido, la «división técnica del trabajo» despersonaliza la producción.

Este nuevo «artesano artificial», que de modo impersonal y anónimo se hace cargo de la producción, es la «empresa», obra maestra y pieza básica de la moderna economía. La «empresa» vendría a ser una nueva y más intensa artificialización del proceso productivo, que ha permitido incrementar notablemente la capacidad productiva, y por consiguiente también el impacto sobre la naturaleza, agravando el problema ecológico. La existencia de la «empresa», con su nuevo proceso productivo impersonal, aunque es evidente que agrava el problema ecológico, no necesariamente aumenta el impacto negativo sobre la naturaleza. La dificultad proviene, como luego veremos, de que al haberle asignado a la «empresa» como objetivo «ganar dinero», algo altamente unilateral y abstracto, tiende a aumentar el problema ecológico, sin ofrecer solución.

Aunque sea de pasada, no queremos dejar de señalar que desde el punto de vista jurídico la «empresa» ha sido dotada de personalidad ficticia. Esto plantea unas consideraciones sobre la naturaleza de la propiedad que afectan al planteamiento del problema ecológico, y que he tratado en otra parte (Martínez-Echevarría, 1995).

La moderna economía, mediante la producción organizada en «empresas» o «división técnica del trabajo», ha permitido la creación de un nivel de riquezas sin precedentes. Las «empresas» proporcionan hoy día todo tipo de productos, desde aviones y helicópteros, hasta zapatos y camisas. Y cada vez lo hacen más eficientemente, es decir, con menores costes, y por lo tanto más baratos o accesibles a un gran número de gentes. Esto conlleva producción y consumo crecientes. Una circulación acelerada de volúmenes cada vez mayores de «materias primas» y «factores de producción». Es decir, una mayor efectividad de la artificialidad o unilateralidad en el modo de relacionarse con la naturaleza. Cuanto mayor es la producción, mayor es el problema ecológico, y mayor el riesgo del impacto negativo sobre la naturaleza.

Las grandes industrias, como la del petróleo o la química, mueven y transforman cada día un volumen de crudo enorme y creciente, aportando ventajas indudables desde el punto de vista utilitario: puestos de trabajo, gasolinas, combustibles de todo tipo, plásticos, caucho sintético, tejido sintético, etc. Pero al mismo tiempo plantean problemas muy graves de contaminación y eliminación de residuos tóxicos, perjudiciales, o simplemente inútiles. Problemas que van desde la contaminación en las ciudades por la combustión de la gasolina en un tráfico cada vez más denso, hasta el problema de la eliminación de millones de neumáticos desechados cada año. Las mismas técnicas desarrolladas para transportar de modo rápido y barato volúmenes enormes de crudo crean riesgos reales de derrames en el mar que provocan verdaderas catástrofes ecológicas. Todavía perduran los efectos sobre el ecosistema causadas por los naufragios de gigantescos superpetroleros (*Amoco Cádiz* en Bretaña, *Exxon Valdez* en Alaska, etc.).

No pretendemos hacer un catálogo de problemas ecológicos provocados por los diversos tipos de procesos productivos, que podrían incluir fugas de radioactividad en centrales eléctricas (Tres Millas, en USA, y Chernobil en Ucrania), nubes de gases tóxicos que se escapan de industrias químicas (Seveso en Italia y Bhopal en India), los ríos contaminados por residuos de pasta de papel, los excedentes de purines o alpechines de las granjas de cerdos o molinos de aceite, los montones de basuras de los vertederos de grandes ciudades, etc. Por desgracia, bastan los medios de comunicación para estar enterados de los problemas ecológicos que plantean todo tipo de industrias.

Es evidente que toda actividad humana por su propia artificialidad afecta y transforma el medio sobre el que actúa. Sería impensable e imposible una producción que no afectase de algún modo el entorno en el que se desarrolla. El hecho de que se plantee el problema ecológico por sí mismo, como hemos dicho, no es malo, ya que es inseparable de la acción humana.

En cierto sentido, también la creciente gravedad y dificultad del problema ecológico tiene una dimensión positiva. Puede servir para que se reconsidere que la acción colectiva humana no sólo puede moverse por criterios de pura eficiencia técnica, sino que es necesario contemplar la multidimensionalidad de los efectos de su acción, es decir, volver al control moral y político de la acción productiva.

3. ¿TIENE CÓDIGO GENÉTICO LA EMPRESA?

Hemos visto que la «empresa» moderna surge como una especie de «artesano artificial», que de algún modo eliminó a los artesanos reales, para transformarlos en «obreros». Cambio que tuvo que ver con un nuevo modo de entender el sentido y la finalidad de la producción.

En el mundo artesanal, especialmente el europeo de los siglos XVI y XVII, el «reparto de tareas» se fundamentaba en principios consuetudinarios y políticos. Este reparto se caracterizaba porque pretendía que la producción, «reparto de oficios», se ajustase a las necesidades de la comunidad. De algún modo, se pretendía que fuese la misma comunidad, a través de las costumbres, la que decidiera si hacía falta un nuevo herrero o un nuevo panadero. Este modo de «reparto de tareas» podríamos llamarlo político en cuanto que no se gobernaba sólo por criterios de eficiencia técnica de los propios oficios, sino por criterios que pretendían integrar la totalidad de los diversos aspectos de una comunidad. Cosa relativamente fácil de lograr en comunidades pequeñas y con escasa relación comercial con el exterior. En este sentido, el mundo artesanal está más próximo a la resolución del problema ecológico, ya que puede contemplar con mayor facilidad la multidimensionalidad de la acción humana, tanto los aspectos positivos como los negativos.

La novedad radical que representó la introducción de la «división técnica del trabajo», que dio lugar al nacimiento de la «empresa», consistió en que pretendía orientar el «reparto de tareas» por criterios «técnicos», olvidándose de criterios consuetudinarios o políticos. Proclamaba que era innecesario tener en cuenta, de modo directo o político, la totalidad de los aspectos de la comunidad. No hacía falta ningún tipo de control político sobre los oficios, ni sobre la producción de la comunidad, que en muchos casos se interpretaban como rémoras al crecimiento y vitalidad de la comunidad. Había que dar libertad, para que todo el que quisiera, y dispusiera de medios, pudiera llevar adelante la producción que mejor le pareciera. No había que preocuparse nunca más de la coordinación de la producción; ésta surgiría de modo espontáneo, siempre y cuando cada uno de estos nuevos «empresarios» se fijase como objetivo de su producción «ganar más dinero».

Podían, por ejemplo, establecerse en una determinada comunidad tantos zapateros como quisieran, sin preocuparse de las trabas políticas de gremios y hermandades. La competencia entre ellos, gobernada por el logro del objetivo monetario, eliminaría a todos los que no fueran necesarios para atender a las necesidades de la comunidad. Sobrevivirían sólo aquellos zapateros que hicieran los zapatos mejores y más baratos.

Este planteamiento exigía que el «reparto de tareas» se convirtiera en la «división técnica del trabajo». Para que se entienda lo que esto último quiere decir, dejemos la palabra a Adam Smith, que lo explica con gran claridad:

Consideremos una manufactura muy sencilla en la que frecuentemente se ha observado este proceso de división del trabajo: la fabricación de alfileres. Un obrero no adiestrado en este oficio, desconocedor de la maquinaria que se utiliza, difícilmente podría, aun aplicando su nivel máximo de destreza, fabricar un alfiler cada día y, por supuesto, no podría fabricar veinte. Pero según se trabaja actualmente en este oficio, no solamente el proceso completo de fabricación es en sí mismo un arte sino que está dividido en una serie de procesos cuya mayor parte constituye, a su vez, un oficio en sí mismo. Un trabajador prepara el alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, el cuarto moldea el extremo y un quinto esmerila el otro extremo para recibir la cabeza. La fabricación de la cabeza exige dos o tres operaciones distintas; insertarla constituye una tarea singular, y pulir los alfileres, otra; incluso disponerlos en el papel es una tarea diferente. De esta manera, el oficio de la fabricación de alfileres queda dividido en unas dieciocho operaciones distintas que en algunas factorías son realizadas por diversos operarios, mientras en otras el mismo operario ejecuta dos o tres de estas fases diferentes. He visto una de estas pequeñas manufacturas que empleaba solamente a diez hombres y en la que, por este motivo, cada uno atendía a dos o tres actividades distintas. A pesar de ser muy pobres y, por tanto, mediocremente provistos de la maquinaria imprescindible, podían, cuando trabajaban diligentemente, fabricar aproximadamente doce libras de alfileres entre todos. En una libra hay alrededor de cuatro mil alfileres de tamaño medio. Así, entre estas diez personas podrían fabricar cerca de cuarenta y ocho mil alfileres diarios. Por tanto, cada persona fabrica una décima parte de los cuarenta y ocho mil alfileres diarios. Pero si se hubiera desarrollado su labor de forma separada e independiente, y suponiendo que ninguno dominase el oficio, seguramente ninguno podía haber fabricado más de veinte, tal vez ni siquiera uno diario. Por supuesto, esta cifra no se acerca a la doscienta cuarentava parte, ni siquiera a la ochocientasava fracción, de lo que son capaces de fabricar actualmente, como consecuencia de la división y combinación adecuada de las diferentes fases.

Como puede comprobarse de la exposición que hace Smith, este tipo de división del trabajo en principio es potencialmente ilimitado. Lo cual quiere decir que cada «empresario» puede producir tantos alfileres como quiera, siempre que el mercado tenga capacidad sufi-

ciente para absorberlos. Planteamiento muy diferente del mundo artesanal, donde a ningún artesano se le ocurría producir una cantidad tan grande como quisiera, ya que, entre otras cosas, el volumen de producción era algo que tenía que acordarse dentro del propio gremio.

Hacia falta una motivación para que el artesano abandonase el ámbito político del gremio y se convirtiese en «empresario» individual, que sólo se guía por criterios de eficiencia técnica en la organización de la producción. Ese motivo era, según los fundadores de la moderna economía, el ansia de enriquecimiento privado.

Para los antiguos, más próximos a la naturaleza, y con una visión más multidimensional y comunitaria, enriquecimiento privado y estabilidad de la comunidad eran actitudes antagónicas. Un planteamiento que facilitaba la solución al débil problema ecológico de aquellos tiempos. De hecho, el mismo sistema gremial de «reparto de tareas» era, con todas sus limitaciones, una solución al problema ecológico. Sólo cabía enriquecimiento comunitario, lo cual exigía el control político de la producción.

La nueva mentalidad rompía la dimensión comunitaria y multidimensional, para insistir en una visión individualista y unidimensional. El nuevo artesano artificial, «la empresa», no se integra en ningún organismo político, ni tiene que vigilar por la necesidad común; le basta con orientarse por el criterio de conseguir «más dinero» que su competidor. Por otro lado, también desaparece la noción política de «necesidad común» como algo estable, lo que requiere la comunidad, para ser sustituida por la noción técnica de demanda como una resultante inestable de los deseos de los individuos.

Este nuevo planteamiento, aunque no fuese consciente de ello, tenía que dar respuesta a una nueva y más aguda versión del «problema ecológico» planteado por esa visión individualista y unidimensional. La solución que proponían los defensores del nuevo sistema productivo era difundir la nueva mentalidad de enriquecimiento privado que, según ellos, no sólo no atentaba contra la estabilidad y cohesión de la sociedad, sino que la enriquece mucho más rápidamente y en mucho mayor medida que los sistemas de control político de la producción.

En resumidas cuentas, lo que pretendía la nueva economía política, que comenzaba a afirmarse a lo largo del siglo XVIII, era despolitizar la actividad productiva, quitarle toda traba consuetudinaria, o de otro tipo, para que mediante la pugna de los procesos productivos entre sí, organizados en «empresas», se estableciera una especie de equilibrio natural, o solución técnica de este nuevo planteamiento del problema ecológico.

¿Cómo era posible que en un sistema, sin órgano político que orientara las necesidades de la comunidad, se produjeran los zapatos o

sombreros necesarios, sin que se generara un grave despilfarro de materiales y esfuerzos humanos? Influidos por un falso naturalismo, sus defensores sostenían que la «división técnica del trabajo», que exigía a su vez la división del proceso productivo en «empresas», pugnando entre sí por mejorar su eficiencia, contribuiría de «modo natural» a ese equilibrio entre actividades y necesidades. En términos modernos se podría decir que pensaban que el problema ecológico se resuelve a sí mismo.

El nuevo criterio, no político, que permitía saber a cada «empresa» cuál es el volumen de producción adecuado a la demanda de la sociedad es la obtención de beneficios. «Ganar dinero» es la señal «neutral» que permite a la empresa conocer que su actividad es positiva para la sociedad.

Anteriormente hemos dicho que el nacimiento de la empresa moderna supone una «segunda artificialidad» del proceso productivo, ahora estamos en condiciones de explicarlo un poco más. La «primera artificialidad» del proceso productivo transforma el fruto de la naturaleza en una cosa: un zapato, un paño, etc. Esta segunda artificialidad, la propia de la «empresa», transforma la cosa en dinero.

La producción de la «primera artificialidad» se orienta a las cosas. Sin embargo la producción de la «segunda artificialidad» se orienta al dinero. Es muy significativo que para hablar de dinero se utilice el término «liquidez», lo que viene a expresar la idea de que mediante el dinero todo puede ser movilizado, sacado de su lugar natural, convertido en objeto y puesto en circulación. En este sentido una producción orientada a la obtención de dinero es por sí misma lo más opuesto a la resolución del problema ecológico.

Por supuesto que la «empresa» también produce cosas, pero lo hace secundariamente. Lo importante, lo que constituye y mantiene a la «empresa» es «ganar dinero». Un empresario que dijese: «A mí no me interesa ganar dinero, sino que me basta con ganar lo suficiente para mantenerme», renunciaría a la competencia y se encontraría con unos problemas gravísimos para su gestión y para su integración en la totalidad del sistema social. Carecería de criterio de integración en el sistema productivo.

Este planteamiento parte del supuesto de que las «empresas» carecen de «código genético» o, mejor dicho, que su «código genético» es la tendencia a crecer incesantemente, a ganar todo el dinero que puedan. Esto constituiría un peligro para la comunidad y para la naturaleza, ya que arruinarían el orden social y el ecosistema circundante, si no fuera porque para los defensores de la nueva «división técnica del trabajo» precisamente esa desmesura en el deseo de ganancia es lo que garantiza la competencia, que modera y acaba eliminando esa misma desmesura.

En cuanto una empresa empieza a ganar cada vez más dinero, inmediatamente le saldrá una o varias competidoras que con una «profundización en la división técnica del trabajo» lograrán ir limando los beneficios mutuos, hasta que de hecho ya no exista posibilidad de ganancias en ese tipo de actividad.

Acertadamente ha dicho Hodgson (1995) que los fundadores de la economía política le dieron a «Darwin la idea de orden y regularidad basada en una multitud caótica de unidades individuales, apareciendo este orden sin ninguna intencionalidad común, o voluntad consciente». Lo cual a su vez ha provocado que todavía, para mucha gente, problema ecológico y equilibrio homeostático sean una misma cosa.

Las «empresas» pierden toda referencia con la totalidad y se parcializan. Una «empresa» adquiere una especie de «miopía» que sólo le permite ver los aspectos de la realidad que son inmediatamente monetarizables. Toda información que no sea directamente traducible a dinero es en principio irrelevante para la actividad de la empresa. Mediante la contabilidad, una técnica de traducción a términos monetarios, todas las actividades de la empresa, como el trabajo de los obreros, las materias primas, los transportes, la publicidad, la implantación de una nueva tecnología, etc., son valoradas en términos monetarios.

Esta visión unidimensional y la presión de la competencia obligan a un continuo disminuir los costes y aumentar los ingresos. Desde un punto de vista productivo esto lleva a elegir tecnologías que abaraten el producto, lo cual suele representar producciones a mucha mayor escala, mucho más acelerada, y con menos costes. Lo cual tiene implicaciones muy importantes para la resolución del problema ecológico.

Fabricar sin filtros de humos en las chimeneas, o sin depuradoras de tóxicos en los vertederos de líquidos residuales, representa una ventaja para los costes de la empresa. Mientras no haya una presión política para que se pongan los filtros, ninguna empresa los pondrá, ya que la primera que los ponga incurre en costes que encarecen sus productos frente a los de la competencia. Con absoluta coherencia con su planteamiento, que es el mismo que el de los fundadores de la economía política, sostiene Cairncross (1996) que «una buena parte del ecologismo empresarial ha venido impulsado por la normativa, que es como en último término debería ser. Las empresas no son individuos, con la obligación moral de ser buenos ciudadanos [...] Sus dueños son accionistas, y su deber exclusivo es hacer, a la larga, lo que más les convenga económicamente [...] Si se deja que ellas se autorregulen, puede que las más responsables sigan dichas políticas. Pero no todos sus competidores les imitarán».

Desde este punto de vista, la aparición del nuevo y grave problema ecológico, provocado por la unilateralidad del criterio de comporta-

miento de la «empresa», ha puesto de manifiesto que el supuesto teórico de que partía la economía política, que bastaba con la supuesta neutralidad de la «división técnica del trabajo» para organizar la producción, no se ajusta a lo que se observa en la realidad.

4. EL DESEMPLEO COMO NÚCLEO DEL PROBLEMA ECOLÓGICO

Ya hemos visto que la aparición de la «empresa» está unida a una «despolitización del trabajo» que introduce una fuerte unidimensionalidad que constituye como el núcleo central del moderno problema ecológico: el desarraigo del hombre respecto de su medio natural que es la comunidad política.

Al no ser ya el hombre concreto, de carne y hueso, el que dirige y lleva adelante la producción, sino la «empresa» o «artesano artificial», el hombre concreto queda convertido en una pieza del proceso productivo, del que se puede, y en cierto sentido se debe, prescindir. Si el objeto de la división del trabajo es «producir más con menos», el trabajo personal viene a convertirse en un coste, en un freno a la «división técnica», algo que conviene ser reducido o eliminado.

En el «reparto político de tareas» la comunidad predomina sobre la producción, el trabajo sobre el producto, de tal modo que ser miembro de la comunidad conlleva automáticamente participación en la producción, mientras que en la «división técnica del trabajo» es el proceso productivo el que predomina sobre la comunidad, el producto sobre el trabajo; de tal modo que si no se encuentra sitio en la «empresa», se queda fuera de la comunidad que considera al «desempleado» como un coste, alguien que debe ser reintegrado, readaptado, o modernamente «reciclado», para tratar de incorporarle al proceso productivo, que es el nuevo y único modo de pertenecer a la sociedad.

Esta concepción de la «empresa» supone, como ha puesto de manifiesto Thompson (1995), un concepto de propiedad más individual, menos comunitaria, o más orientada al interés particular del propietario, que puede «cerrar sus tierras o sus negocios» con vistas a «explotarlas» más eficientemente, es decir, sin las limitaciones de una concepción más política o comunitaria de la propiedad. Este nuevo modo de entender la propiedad replantea el problema ecológico. En primer lugar, ya que la tierra queda más indefensa ante la actitud de explotación más intensiva de los nuevos propietarios individualistas. En segundo lugar por el desarraigo que para las gentes más pobres representa esa nueva concepción «cerrada» de la propiedad.

Las gentes que carecen de acceso a las nuevas propiedades vienen a constituir como una especie de «impacto ecológico negativo», un «ex-

cedente humano» que necesita ser reintegrado en el nuevo ecosistema provocado por la aparición de la «empresa» y la nueva concepción de la propiedad. Lo ideal desde el nuevo enfoque productivista sería lograrlos incorporar, mediante una mayor «división técnica del trabajo», como asalariados u obreros de las «empresas», de tal modo que así se incrementara la producción.

Cuando esto no es posible, no queda entonces más remedio que recurrir a «leyes de pobres», o antecedentes de la moderna «seguridad social». Las más antiguas son del tiempo de Isabel I de Inglaterra, que como todos los miembros de la dinastía Tudor trató de buscar procedimientos de reintegración basados en el impuesto al propietario y el subsidio al desempleado.

La aparición de este nuevo tipo de pobres, desempleados para los que no hay trabajo, es consecuencia del progresivo control que van teniendo las «empresas» sobre el proceso productivo, y en consecuencia sobre los modos de distribuir el trabajo. El artesano, aunque sometido al control político del gremio, todavía era dueño del modo de organizar su trabajo, ya que era propietario tanto de las técnicas como de los instrumentos.

En la medida en que el artesano se va transformando en obrero, se convierte en una parte integrante de la empresa, perdiendo control sobre el modo de organizar el trabajo; dejará de ser dueño de la técnica, que desconoce, y de las herramientas, que tienden a convertirse en máquinas que no son diseñadas por él. Este nuevo control de la «empresa» sobre el trabajo es buscado por los nuevos propietarios, ya que de este modo será posible acelerar el ritmo del proceso productivo y al mismo tiempo aumentar la duración de la jornada laboral, con vistas a incrementar la producción reduciendo los costes. No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que el sistema productivo de la «empresa» incrementa notablemente la capacidad de producción, pero en la misma medida incrementa la magnitud y gravedad del problema ecológico.

Por desgracia la «empresa» no sólo incrementó la gravedad y magnitud del problema ecológico, sino que introdujo una manifiesta actitud unidimensional o antiecológica. Es muy significativo a este respecto observar que el cambio del sentido de la propiedad es hacia un sentido más monetario o de mayor liquidez. Primero las tierras, y luego los hombres, son convertidos en mercancías, es decir, en medios para la producción, en «factores productivos». Todo es más «liquidable», más convertible en dinero, que, como hemos visto, es la «nueva producción» de la «empresa». Por eso la «empresa por antonomasia» del nuevo sistema productivo, introducido a partir del siglo XVII, es «la banca», que «produce dinero a partir de dinero». A pesar de sus apariencias, la «producción financiera» es el más antiecológico de todos

los procesos productivos, ya que al ser la más radical y abstracta de las unidimensionalidades de que es capaz la razón humana, plantea un mayor enfrentamiento con la multidimensionalidad de la corporalidad humana.

La nueva visión de la propiedad, y de la «empresa», al ser tan unidimensional o antiecológica, plantea un manifiesto enfrentamiento con las otras dimensiones del problema ecológico, que se resistían a ser «liquidables» o monetizables, como la «tierra» o naturaleza, pero de modo muy especial con el hombre en cuanto que se le contempla no sólo como «pura razón».

Desde los orígenes de la producción basada en la «empresa», y como manifestación de su unidimensionalidad, se inició una dura pugna entre obreros y propietarios por el control de la producción. El nuevo propietario o «empresario» se consideraba con derecho a un minucioso control sobre el modo de trabajar de los obreros. Su visión de la propiedad le llevaba a atribuirse una autoridad política que nadie le había otorgado. Esto provocó que a finales del siglo XIX el enfrentamiento entre los obreros y los nuevos propietarios se convirtiera en un grave problema de cohesión de la sociedad, como analizó el papa León XIII en su encíclica *Rerum novarum*.

Los obreros reaccionaron constituyendo asociaciones políticas, los sindicatos, que de este modo frenaban y moderaban la visión unidimensional y antiecológica de la naciente «empresa». Muchos «empresarios» reaccionaron frente a la creciente politización de los obreros con una violencia inusitada. En esta época de finales de siglo, 1894, surgen las jornadas de «lucha obrera», que hoy día todavía son vagamente conmemoradas en las fiestas del «Primero de Mayo».

Con los comienzos del siglo XX se inicia una nueva estrategia por parte de las «empresas» en su relación con los obreros. Se trataba de diseñar métodos que permitieran que los obreros no se enfrentaran con la inevitable necesidad de las empresas de «controlar y dirigir el proceso productivo». Con este fin se diseñó un sistema para llevar hasta tal extremo la división técnica del trabajo, que todas las actividades fueran lo más rutinarias posibles, «a prueba de idiotas», de tal modo que los obreros fueran perfectamente intercambiables unos por otros, al mismo tiempo que la retribución salarial quedaba unida a la productividad en el modo de realizar esas tareas. De este modo se eliminaba absolutamente el poder de los obreros sobre el proceso productivo y gran parte de los incentivos para frenar la necesaria y creciente eficiencia de ese proceso.

No podemos detenernos a explicar la evolución de las relaciones laborales en el seno de la empresa, que pueden verse por ejemplo en Bluestone (1995). En cualquier caso, la tendencia a la «destrucción de empleo» va indisolublemente unida a la actitud antiecológica que

surge de esa combinación de «división técnica del trabajo» y «visión monetarizada de la propiedad privada» que forma como el núcleo de la «empresa».

A principios de 1996 la compañía americana AT&T anunció una reducción de 40.000 empleados en el plazo de tres años. El 70% debía abandonar la compañía antes de finales de 1996. Conviene hacer notar que en ese momento la compañía atravesaba un buen momento económico: en el último ejercicio, 1995, sus beneficios fueron de 270 millones de dólares. Desde el punto de vista de la moderna economía de empresa, ésta era una decisión racional que una institución tenía que tomar ante una variación sufrida en su entorno, las variaciones en el sector de telecomunicaciones, debidas a modificaciones legales y de competencia, si quería asegurar su supervivencia.

Cuando se anunció este despido masivo, el mercado de valores reaccionó haciendo subir la cotización de las acciones de AT&T en la Bolsa de Nueva York en 2,5 dólares. Esto venía a confirmar que los inversores esperaban que la compañía sería más rentable en un próximo futuro.

Esto plantea un conflicto entre el «recurso humano», los directivos y los inversores. Los accionistas e inversores veían subir el valor de sus activos, los directivos, que ya percibían altas retribuciones, ganaban prestigio de excelentes gestores, y algunos, como el presidente, que además era accionista, veían incrementado su patrimonio personal en 15 millones de dólares, como consecuencia de la subida del precio de las acciones.

Este tipo de despidos masivos es un ejemplo del grave impacto ecológico que las «empresas» crean sobre la sociedad que se ve afectada por esta especie de «nubes de contaminación laboral», que en los últimos años se han hecho crecientes y persistentes, y que en los últimos tiempos tanto el mercado como el Estado tienen cada vez más dificultades para «disolver».

En este sentido es muy significativo que determinadas posturas, como las de Anderson y Leal (1993), así como la de Cairncross (1996), que representan la visión del problema ecológico, desde un punto de vista favorable a la producción basada en la «división técnica del trabajo», se insista en que la «contaminación» no es más que una consecuencia de que no existen mercados para todo, o que los derechos de propiedad no son exhaustivos. Es decir, que el aire, el agua, las basuras, etc., no tienen propietarios individuales. Teoría que se hace inquietante cuando al desempleo también se le considera una forma de contaminación.

De un modo u otro, las «empresas», tratando de mantener la «producción de dinero» que es su misma esencia, generan un aspecto negativo o «contaminación laboral» que se supone corresponde a los

demás asumir. Al resto de la sociedad, empezando por los propios afectados, se les asigna la extraña tarea de «reciclarse» para quedar nuevamente a disposición de las «empresas».

Impacto ecológico que se ve agravado por la competencia global o extensión de los mercados a escala mundial, que provoca que estas «empresas adelgazadas», como la AT&T, tengan que aumentar su productividad y consecuentemente su cuota en ese nuevo mercado globalizado, con lo cual la producción se orienta cada vez más intensamente al «producto», es decir, a la rentabilidad o el dinero. En otras palabras, la producción se hace cada vez más unidimensional y abstracta o, lo que es lo mismo, menos ecológica.

Hechos como el que acabamos de describir han planteado el enfrentamiento entre dos concepciones de la empresa. Por un lado están los que argumentan que la única responsabilidad en la gestión de la empresa es lograr repartir los mejores dividendos posibles a sus accionistas e inversores (*stockholders*), sin más límites que el respeto a la legislación vigente y de las «leyes» del mercado. Por otro lado, están los institucionalistas, que sostienen que la empresa tiene responsabilidades frente a todos los problemas de la sociedad, y que ha de tener en cuenta los intereses de todos los que intervienen en la empresa (*stakeholders*), empleados, clientes, suministradores, vecinos, etc.

El problema que subyace en esta dualidad en el modo de entender la «empresa» no es más que una variante del problema ecológico. La primera postura es claramente antiecológica, e insiste en la más peligrosa de las unidimensionalidades de la acción productiva humana: «la obtención de dinero».

De algún modo el «dinero» es lo que más se parece al espíritu humano desencarnado; por eso medir la acción humana sólo por la eficacia en la «obtención de dinero» es lo más contrario a la realidad de espíritu y cuerpo que constituye al hombre y lo integra en la naturaleza.

La segunda postura, aunque toma conciencia del problema ecológico, adolece de debilidad o dependencia respecto de la primera, ya que de un modo u otro busca hacer compatible dos culturas que por su misma esencia son opuestas: la combinación de la visión «individualista de la propiedad privada» con la «división técnica del trabajo», frente a la visión ecológica de la interacción humana con su medio.

5. CONSUMIR Y RECICLAR

Según hemos visto, el optimismo de Smith consistía en que mediante la «división técnica del trabajo» creía haber descubierto la gallina de los huevos de oro: bastaba «dividir el trabajo» para que la riqueza creciera en proporción geométrica. Pero, como él mismo se dio cuenta, el

crecimiento de la producción exigía el crecimiento del mercado. Es decir, el crecimiento del volumen de producción carece de sentido si no va acompañado del correspondiente aumento del volumen de consumo. De nada sirve producir cantidades masivas de alfileres si no existen consumidores de esos alfileres.

El problema ecológico, que, como hemos dicho, es inseparable de la producción, no se plantea en términos muy dramáticos cuando la producción se realiza en respuesta a una demanda concreta y casi personalizada. Por ejemplo, el mundo artesanal suele trabajar para una demanda que tiene rostros conocidos. En ese sentido, la producción avanza arrastrada por un consumo que crece a un ritmo razonable, es decir, compatible con el entorno humano.

Sin embargo, en la nueva «empresa» representada por la famosa «fábrica de alfileres» es la producción la que toma la iniciativa. La eficacia productiva exige que el consumo se someta a las exigencias de la producción. El logro de un proceso productivo más eficiente exige una demanda lo suficientemente voraz como para absorber ese aumento continuo de la producción.

Una demanda de ese tipo ya no puede ser entendida como personalizada, y por tanto limitada, sino despersonalizada e ilimitada. La «empresa», o nuevo «artesano artificial» despersonalizado, también requiere un «consumidor artificial» y despersonalizado. Este nuevo «consumidor artificial», que adquiere un nombre genérico, «el mercado», carece, como la «empresa», de «código genético», puede crecer o consumir tanto como la producción requiera.

Desde este modo surgía una nueva visión de la actividad económica como «circuito circular», algo parecido a una especie de «ciclo digestivo», que permitía una mejor satisfacción de las siempre crecientes necesidades humanas. Este «ciclo digestivo artificial», a diferencia de los ciclos digestivos naturales, no sólo carece de límite, como es propio de lo artificial, lo cual en sí mismo no es ningún problema, sino que su funcionamiento depende de que el volumen de lo digerido crezca sin límites.

Más pronto o más tarde, este planteamiento hacía más difícil de resolver un problema ecológico progresivamente más complicado. La dificultad no proviene de que traslade al ámbito de lo artificial cantidades creciente de recursos naturales, sino que «no pueda dejar de hacerlo». Ese «ciclo digestivo» de la naturaleza está regulado por «la producción de dinero», lo cual exige no que las necesidades humanas sean satisfechas, sino que de algún modo crezcan incesantemente.

Como previera Adam Smith, la mejora de las vías de comunicación y el abaratamiento de los transportes ha hecho posible que hoy día «el mercado» sea un gigantesco conglomerado formado por los países más ricos, que al mismo tiempo es la «superempresa» que produce todo lo que consume.

Es muy probable que cualquier ciudadano de esos países utilice un reloj hecho en el Japón, una calculadora fabricada en Taiwan, se alimente con mantequilla danesa, o beba cerveza irlandesa, etc. Para no hablar de que la gasolina de su coche proviene de Arabia, o de que su mismo coche ha sido montado en Valladolid, con piezas que vienen de Francia, Portugal, etc.

Determinados tipos de producción ya no son rentables para una ciudad, ni tan siquiera para un país, sino que la rentabilidad exige producir para áreas enteras de un continente. Por ejemplo, se fabrican maquinillas de afeitar para todos los países del sur de Europa, o televisores para toda Europa del Norte, etc. Cuanto mayor es el volumen de producción, y mayor el mercado que lo absorbe, menores son los costes y mayores los beneficios. Esto obliga a aumentar considerablemente el tamaño y la capacidad de las plantas productivas. Se eliminan las pequeñas plantas de producción y se concentran en una sola planta mucho más grande y con mayor capacidad de producción, que se suele situar en donde mayor es la productividad, o menor el coste de mano de obra necesaria, o una combinación de factores de ese tipo.

Como es lógico, sobre todo en determinados bienes, el consumo tiende a frenarse, produciéndose lo que algunos sugerentemente llaman la «saturación del mercado». Por ejemplo, puede que una familia sueca compuesta por cuatro personas llegue a tener hasta cinco televisores, lo cual no deja de ser una extravagancia, pero raramente pasará de esa cifra. Sin embargo, la producción de televisores tratará de mantenerse mediante la «reinención de la necesidad», primero pasando del «blanco y negro» al «color», luego a la pantalla gigante, o diminuta, posteriormente a la «digital», y así sucesivamente. De este modo, por un lado, millones y millones de televisores, todavía en buenas condiciones, son eliminados cada año, provocando un grave impacto ecológico de eliminación de residuos no biodegradables. Por otro lado, cifras fabulosas son invertidas en el desarrollo de tecnologías innecesarias, sobre todo si se tiene en cuenta que mientras tanto gran parte de la humanidad permanece en situaciones muy precarias en aspectos muchos más básicos que lo que pueda representar la televisión.

El proceso productivo basado en la «división técnica del trabajo», con su lucha continua por aumentar la eficiencia productiva, ha llevado a un crecimiento y concentración de las instalaciones industriales, favoreciendo las grandes aglomeraciones urbanas. Estos gigantescos y crecientes volúmenes de producción y consumo han llevado a la transnacionalización de las grandes empresas. Es decir, la empresa actúa estratégicamente pensando que su fuente de suministro de mano de obra y materias primas, así como los mercados para colocar sus productos, no son un país concreto, sino varios países o toda un área con-

tinental. Ésta ha hecho que las empresas estén constituidas hoy día por una red de centros, colocados en diversos países, y un centro neurálgico desde donde se coordinan y dirigen todas las operaciones. Desde ese centro, y con la información proporcionada por la red, se está continuamente estudiando la manera de abaratar los costes y aumentar las ventas, lo cual lleva a trocear o seccionar la producción en diversos países, en función de los costes de los factores, y crear centros de montaje y distribución para extensas áreas geográficas. Todo esto ha complicado el problema ecológico con impactos negativos como son el encarecimiento de la vivienda y la polución del agua y del aire en las grandes ciudades.

La necesidad de dar salida, de vender, esos volúmenes crecientes de producción requiere mercados cada vez más amplios o, lo que es lo mismo, la constitución de «canales de distribución» cada vez más amplios y mejor controlados. Aparecen así las grandes redes de distribución, que requieren establecimientos que podríamos llamar «superfactorías de consumo», que se acostumbran a designar con el significativo nombre de «hipermercados» o «grandes superficies». Las nuevas multinacionales de la distribución permiten mediante las grandes superficies «dar salida» a la superproducción de la nueva gran factoría.

La aparición de la «gran superficie» es un fenómeno que se corresponde con lo que podríamos llamar la «multiplicación del consumo». Lo que para la producción representó la «división técnica del trabajo», que da lugar al nacimiento de la «empresa», lo representa para el consumo la aparición de la «multiplicación del consumo», que da lugar a la «gran superficie» o «hipermercado». La «división técnica del trabajo» conlleva la «multiplicación del consumo», con lo cual el «consumidor» se convierte en la imagen especular del «obrero».

La globalización del mercado ha provocado que cada vez adquieran más importancia las redes de distribución y venta a gran escala. De este modo el poder ha ido desplazándose desde los grandes fabricantes a los grandes distribuidores. De hecho, a un determinado nivel, la presión sobre las grandes empresas productoras ya no lo ejerce la competencia, que prácticamente ha desaparecido en esos niveles de tamaño, o es muy débil, sino las grandes empresas distribuidoras. Estas últimas, auténticos monopolios de distribución, se permiten el lujo de presionar y negociar directamente con el fabricante proveedor para obtener condiciones realmente excepcionales, que el fabricante tiene que repercutir en los costes de producción.

La «gran superficie» tiene un fuerte impacto ecológico, condiciona los gustos y hábitos de consumo, eliminando el pequeño comercio y la relación personal, lo cual presiona al cambio de la misma estructura urbana de la ciudad. La «gran superficie» exige y fomenta

la aparición de grandes concentraciones urbanas. Hay que acudir en automóvil dos o tres veces al mes y hacer compras masivas de todo, ya que acudir a hacer la compra cada día es algo que no tiene sentido, resulta poco económico e irracional. Esto obliga a disponer de grandes frigoríficos en los hogares, donde almacenar la compra de la quincena o del mes.

Podría decirse que la moderna articulación de la «gran factoría» y la «gran superficie» es una materialización de ese gigantesco circuito producción-consumo, que de ese modo puede ser mejor controlado y acelerado para obtener mayores beneficios. Este nuevo circuito trata de eliminar toda intermediación entre la producción y el consumo, al tiempo que intenta acelerar el paso de uno a otro. Esto exige una continua introducción de productos «desechables» o de un solo uso: vajillas, cubiertos, envases, pañales, maquinillas de afeitar, bolígrafos, pilas eléctricas, cámaras fotográficas, etc. Lo cual conlleva comprar en grandes lotes, entre otras cosas porque no se ofrecen unidades sueltas, y porque son de baja calidad, de tal modo que se fomenta la idea de que siempre compense comprar grandes cantidades más que tratar de reparar la que se ha estropeado.

Este proceso de extensión de lo «desechable» ha llegado a casi todo tipo de producción. Es llamativo, por ejemplo, la progresiva desaparición de talleres de reparación, sea de automóviles, de zapatería, de plumas, etc. La idea que se quiere transmitir es que no compensa tener cosas duraderas, es «más barato» comprar una nueva que «perder tiempo» tratando de arreglarlas. Lo que no se dice es que esa escasez de tiempo es debida a la «presión de la productividad», desde el lado de los costes, y a la «presión de la consumividad», desde el lado de los ingresos, consecuencia de la nueva estructura mundial de los negocios, que en la búsqueda de mayores y crecientes beneficios está continuamente acelerando el gigantesco circuito producción-consumo.

La misma vida del hogar se ve condicionada por la «multiplicación o aceleración del consumo» que exige la «división técnica del trabajo». Es indudable que las lavadoras, aspiradoras, secadoras, hornos de micro-ondas, etc., han aliviado considerablemente las tareas del hogar, pero esa ganancia de tiempo no se ha traducido en mayor calidad de la vida familiar, sino que esa ganancia de tiempo se ha visto consumida, para muchas familias, por la necesidad de trabajar, él y ella, mucho más que antes, no por gusto, sino por exigencia de la aceleración del circuito producción-consumo.

Son cada vez más las familias que sólo pueden ir a comprar los domingos, y aumentan las personas que identifican consumo con diversión. En este sentido es muy llamativa la extensión creciente de las llamadas «comida rápida» (*fast food*), servida a domicilio, y «comida precocinada», lo cual es manifestación de que, paradójicamente, a

medida que en los hogares hay cada vez más electrodomésticos, es menor el tiempo disponible para cocinar y para comer en familia. En cualquier caso, lo que sucede es que la presión del consumo exige que la familia renuncie a casi todo tipo de «producción doméstica», que siempre ha sido altamente equilibrada desde un punto de vista ecológico, ya que es personalizada, para que acuda para casi todo al gran circuito formado por la «hiperfactoría-hipermercado», que es altamente desequilibrado desde el punto de vista ecológico.

Es evidente que este modo de vida impuesto por el empuje del capitalismo afecta primariamente a la ecología humana, condiciones de vida, urbanismo, etc., y secundariamente al ecosistema material, creando un aumento continuo de la tasa de basura por habitante en los países más avanzados.

Es muy significativa la importancia increíble que las grandes empresas y gobiernos de los países más ricos han dado al «reciclado» como remedio para disminuir el creciente impacto ecológico negativo de ese gigantesco circuito acelerado de producción-consumo que constituye el proceso productivo moderno.

«Reciclar» ha venido a constituir como una especie de «amortiguador de mala conciencia». Es la «nueva mano invisible» que volverá a restablecer el equilibrio y moderación que exige el cada vez más complicado problema ecológico. Todo los problemas de desequilibrio del entorno humano se resuelven invocando «el reciclado», sea de hombres, sea de materiales.

Como he dicho en otra parte: «La moda de “reciclar” es uno de los grandes escarnios que el capitalismo hace a la ecología. La etiqueta de “reciclar” esconde la aceleración del consumo bajo la máscara del ecologismo. La vuelta a la vida circular y biológica; el desprecio a la sobriedad de lo permanente. Es precisamente esa aceleración del consumo lo que destruye el ecosistema humano y natural. “Reciclar” es la disculpa social, lo que ahora se llama “una operación de imagen”, para mantener el ciclo de incesante incremento de consumo que es la base y fundamento del capitalismo. Un ciclo que no es ni humano, ni natural, ni biológico» (Martínez-Echevarría, 1995).

Nadie quiere oír hablar de que gran parte de las dificultades que plantea el creciente problema ecológico provienen de la compulsividad al consumo. Es muy significativo que Cairncross (1996) sostenga que el «el procesado de los residuos tiene que convertirse en una industria como otra cualquiera». Para los que piensan como Cairncross, la solución al problema ecológico es simplemente tecnológico, para lo cual es imprescindible que la eliminación de basuras y residuos se convierta en una fuente de ganar dinero. Por eso tiene mucho sentido que haya titulado su libro *Green Inc.*, o, en su versión española, *Ecología, S.A.*

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, T. L. y LEAL, D. R. (1993): *Ecología de mercado*, Unión, Madrid.
- BALLESTEROS, J. (1989): *Postmodernidad: resistencia o decadencia*, Tecnos, Madrid.
- BALLESTEROS, J. (1995): *Ecologismo personalista*, Tecnos, Madrid.
- BELLVER CAPELLA, V. (1994): *Ecología de las razones a los derechos*, Comares, Granada.
- BLUESTONE, B. y BLUESTONE, I. (1995): *Negociar el futuro. Una visión alternativa de las relaciones laborales dentro de la empresa*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- CAIRNCROSS, F. (1996): *Ecología, S.A.*, Ecoespaña, España.
- CAIRNCROSS, F. (1993): *Las cuentas de la tierra. Economía verde y rentabilidad medio ambiental*, Acento, Madrid.
- HODGSON, G. M. (1995): *Economía y evolución. Revitalizando la economía*, Celeste, Madrid.
- MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, M. A. (1982): *Evolución del pensamiento económico*, Espasa-Calpe, Madrid.
- MARTÍNEZ-ECHEVARRÍA, M. A. (1995): *El futuro de la empresa*, UCA, Buenos Aires.
- SAMUELSON, P. A. y NORDHAUS, W. D. (1990): *Economía*, McGraw Hill, Madrid.
- THOMPSON, E. P. (1995): *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona.